



2012...

¿Señales de la catástrofe?

El pasado por delante

Laura López Argoitia

Muchas personas consideramos nuestro transitar en la vida como una línea temporal en la que pasado, presente y futuro constituyen la única secuencia posible. Desde esta percepción, aunque los sucesos del pasado contribuyen a esbozar el futuro, no siempre estamos tan conscientes de ello y desaprovechamos oportunidades valiosas para avanzar por mejores caminos. Si el pasado está atrás —a nuestra espalda, por decirlo de algún modo—, es más fácil olvidarlo, archivarlo, ignorarlo o minimizarlo porque estamos pendientes de lo que está adelante, en el siguiente paso.

Supongamos que hacemos un alto en el camino para realmente entender lo que hay delante nuestro. ¿Y si no hubiera un futuro vacío que vamos a comenzar a llenar, sino un pasado concluido? Como una película que mostrara nuestra historia y en la que pudiéramos revisar situaciones que fueron constantes, repetitivas, evitables o inevitables... Después de encontrarnos frente a frente con ese pasado, ¿cómo hacer para llegar al futuro que aparentemente está invertido, es decir, que está atrás? Tendríamos que seguir avanzando con un giro circular para enlazarnos con lo que ha de suceder. Como si el tiempo no transcurriera por periodos de manera lineal, sino que se regenerara para iniciar nuevos ciclos en los que tiempo y espacio están íntimamente entrelazados.

En esta perspectiva cíclica del tiempo se fundamentaban las ahora famosas profecías de los mayas de la antigüedad (que siguen vigentes hoy en día en determinadas zonas). Con la clara visión del pasado, la certeza de la continuidad de los ciclos y las situaciones que en ellos se re-

piten, y con la idea de que el mundo palpable coexiste con fuerzas trascendentes, era posible establecer las influencias que determinarían el futuro; la intención no era sólo conocerlas sino cambiar aquellas cargas inminentemente negativas por influencias positivas.

¿Rumbo al desastre?

Los tres códigos de origen maya que se conservan en la actualidad (Dresde, Madrid y París) dedican un importante espacio a la previsión del futuro. Aunque contienen alusiones a guerras, alteraciones del clima y otras calamidades, desde luego no tienen nada que ver con la creencia infundada de que los mayas predijeron el fin del mundo para el 21 de diciembre de 2012. No es una fecha que esté mencionada en los códigos, y según aseguran algunos especialistas, sólo aparece en una inscripción de un sitio arqueológico en Tabasco.

La fecha vendría a coincidir con el fin de un ciclo de la cuenta larga. Recordemos que se manejaban dos calendarios anuales y uno de cuenta larga en el que cada unidad mayor, el baktun, equivale a unos 400 años. Hay quienes aseguran, entonces, que este 21 de diciembre se completa un ciclo de 13 baktunes. Ni siquiera todos los especialistas están de acuerdo en que ese día cierra el ciclo, del mismo modo que se asegura que está mal calculada la fecha del nacimiento del Cristo y que el "año cero" en realidad no lo es. Aún así ha circulado masivamente la errónea conjetura de una profecía maya que augura explosiones solares a gran escala, cambios en los polos magnéticos del planeta, olas intensas de calor, derretimiento de los polos, colapso de los sistemas políticos y económicos.

Haciendo a un lado la creencia de que todo esto es parte de las predicciones de los mayas y aunque son situaciones que se han presentado anteriormente y a las que la humanidad ha sobrevivido, lo cierto es que sí pareciera que nos acercamos fatal y velozmente a la catástrofe. Una "catástrofe se define porque ocurre un cambio negativo con efectos permanentes y a menudo terribles", como afirma el biólogo Sergio Salazar, y es preciso distinguir los cambios "con efectos permanentes de aquellos que son variaciones naturales". Como humanidad, nos conviene asumir el tiempo como un ciclo en el que podemos aprender del pasado para modificar positivamente lo que aún está a nuestro alcance. En ese sentido, y sólo con la intención de ofrecer algunas reflexiones, académicos de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR) nos presentan ciertas señales de una posible catástrofe o de un alarmante deterioro, y cómo podemos actuar en consecuencia.

Reducción de la huella ecológica

Las señales de una decadencia continua de la especie humana y de un deterioro sostenido del planeta que habitamos y que nos sostiene, son muchas y muy variadas: la extinción progresiva de especies de plantas y animales, la aparición de nuevas enfermedades asociadas con el deterioro ambiental, la sobrepoblación humana, entre muchas más.

Es notable la extinción reciente del último ejemplar de la tortuga gigante *Geochelone abingdoni*, "el solitario George" en Galápagos, aunque también la del sapo dorado en Costa Rica, del oso grizzly mexicano, de la foca monje del Caribe, del ibex de los Pirineos; todas ellas en los úl-

timos 30 o 40 años. De las enfermedades de reciente aparición asociadas con el deterioro ambiental podemos mencionar la *Chytridiomycosis*, un hongo que afecta a los anfibios y que fue introducido a escala mundial a través de una especie de sapo africano que se usa en pruebas cosméticas y como "mascota". También resultan de gravedad la tuberculosis humana y animal resistente a tratamiento, el síndrome respiratorio agudo severo, el incremento en las teratogénias o malformaciones en las personas a causa de la contaminación ambiental, y otros padecimientos más.

Podemos reducir los riesgos de una catástrofe si disminuimos nuestra "huella" ambiental o ecológica sobre el planeta, todos y cada uno de nosotros. La huella ecológica es un indicador que permite evaluar el impacto de las sociedades en el ambiente (http://es.wikipedia.org/wiki/Huella_ecológica), y podemos lograr resultados reciclando, reutilizando, renovando, pero sobre todo, disminuyendo el consumo.

Manuel Weber, Conservación de la Biodiversidad, ECOSUR Campeche

El efecto trinquete

Como sociedades, nos cuesta mucho trabajo reaccionar ante las tendencias negativas en el uso de los recursos naturales. Hay tantos factores en juego que a menudo nos topamos con obstrucciones legales y sociales para detener o revertir las malas prácticas. Podemos explicarlo con el "efecto trinquete", que alude a un aparato utilizado en las naves para incrementar la tensión de las cuerdas que sostienen las velas; sólo se puede aumentar la tensión, mas no revertirla. En el uso o maluso de los recursos, solemos pasar del descubrimiento a la explotación moderada y luego a la sobreexplotación. Aunque haya evidencias tangibles del deterioro progresivo de la calidad del paisaje o de los recursos naturales, no reaccionamos porque ya se ha hecho tal cantidad de inversiones o se

ha generado tal nivel de compromisos sociales o políticos, que por lo general seguimos aumentando la presión del uso en lugar de intentar revertirla.

No hacen falta más estudios al respecto ni tampoco un gran gasto para educar a los tomadores de decisiones, que a menudo podrían contratar al mejor especialista del mundo. Lo que falta es un cambio de actitud, una reflexión ante el colapso anticipable que mueva a sacrificar la inversión o a no presionar para recuperarla pronto, a fin de que el ambiente y sus recursos puedan recobrase. Sabemos que la mayoría de los ecosistemas podrían restablecerse si se los permitimos, y esto incluso se puede acelerar con un poco de ecoingeniería para la regeneración de los ambientes o para la repoblación o reforestación de los recursos diezmados.

Nos falta una capacidad de reacción oportuna, de alcance nacional por lo menos, y con expectativas de permitir el genuino uso sostenible de los recursos planetarios. Una filosofía que promueva que el uso de los recursos sea equitativo para las generaciones venideras. Este compromiso de gran alcance intergeneracional va más allá de las duraciones de los tiempos políticos o de los compromisos partidarios. Nos falta mucho. Nos urge.

Sergio I. Salazar-Vallejo, Conservación de la Biodiversidad, ECOSUR Chetumal

Los límites planetarios

La investigación científica nos ha permitido conocer el impacto humano en el cambio climático, que aunque puede tener efectos catastróficos como indican algunas señales, éstos no se darán súbitamente. Es fácil contribuir a que la catástrofe no ocurra reduciendo nuestras emisiones de gases tipo invernadero.

Remontémonos a poco más de 40 años, cuando con la participación de diversos expertos se publicó el libro *Los límites del crecimiento*, en el que se construyeron modelos sobre las perspectivas futuras de la humanidad; muchas de ellas

parecían catastróficas. Ésas fueron las señales entonces. ¿Qué sucedió o qué ha sucedido? La tasa de crecimiento de la población fue disminuyendo gradualmente, primero en los países desarrollados, con mejores condiciones de vida, y más adelante, en muchas de las naciones en desarrollo, incluido México.

Como ocurrió entonces, el conocimiento científico, sin tener certeza absoluta, nos ofreció las señales más confiables y se han motivado cambios en la sociedad. Los cambios no fueron inmediatos, ni mucho menos aceptados por unanimidad, como tampoco lo son ahora. En 2009, previo a la conferencia sobre el clima en Copenhague, un grupo de científicos definió lo que ellos pensaron que serían los límites planetarios, es decir, qué tanto más puede modificarse el clima, acidificarse los océanos, adelgazarse la capa de ozono, alterarse los ciclos del nitrógeno y fósforo, reducirse la biodiversidad y aumentar la contaminación, sin que se pierda la capacidad de retornar a una condición que permita la vida planetaria. Aunque estos límites son sujetos a debate y discusión, sirven de base para demostrar la necesidad de rectificar nuestros hábitos y actitudes y para que definamos políticas públicas, como los acuerdos de Rio+20. Confío que tendremos la capacidad y la voluntad para reducir nuestro impacto sobre el ambiente y evitar ocurra una catástrofe. Las señales ya las tenemos.

José Pablo Liedo Fernández, Sistemas de Producción Alternativos, ECOSUR Tapachula

Herencias y esperanza

La catástrofe parece darse por el énfasis que muchos hemos dado a la modernidad, al progreso, al desarrollo; esto implica un tremendo distanciamiento de los elementos más religiosos (en el amplio y profundo sentido universal de la palabra, como "relación"), los cuales dan sustento a los valores y orientan el sentido del existir siempre en compañía, siempre convocados a aportar desde las herencias, desde

los aprendizajes reflexionados, devenidos en conciencia. También resulta trágica la pérdida de la diversidad cultural y lingüística (un promedio de dos lenguas por mes en los últimos siete años), así como el vínculo perverso de lo originario e indígena con lo pobre, propio de la modernidad, misma que al plantearse como la única forma de existir, es promotora de la desesperanza.

La catástrofe mayor se verifica en la explotación de unos por otros, tanto en la capacidad creativa del ser humano en la esfera laboral como en el cuerpo mismo e incluso en las formas de pensar; en el tráfico de órganos y de personas; en la trashumanicia –propia de la condición humana– que ahora implica atravesar verdaderos infiernos (como lamentablemente es el paso por nuestro país).

No obstante, podemos contribuir a tejer otro destino mediante la recuperación de las tradiciones –ésas que refuerzan la

memoria y la esperanza– y el fortalecimiento de los conocimientos culturales de los pueblos originarios: modos de vida con determinada relación con el tiempo, con la naturaleza, con la enfermedad, con otras personas... En lugar de pretender que en todas partes se viva de la misma manera, estamos en la posibilidad de apelar a los conocimientos culturales de los pueblos y no enfocarnos en el confort y el consumismo. Es preciso caminar en paradigmas que no impliquen colonización ni pretensión de dominio, mediante lazos tendientes a la interculturalidad utópica, la formación humana en la esperanza como convicción por lo aún no logrado y como negación y franco rechazo a lo entronizado opresor.

Fernando Limón Aguirre, Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR San Cristóbal.

Las mejores mazorcas

Aunque pareciera que muchas señales de una posible catástrofe exceden nues-

tro control, de fondo no es así. Es factible rectificar nuestro esquema de vida en todos los ámbitos (personal, familiar, laboral, comunitario), por lo menos revisando nuestros hábitos de consumo, las relaciones interpersonales que mantenemos, la forma en que nuestras actividades inciden en el entorno.

En diversas comunidades campesinas de México y Centroamérica, las familias guardan las mejores mazorcas de un ciclo agrícola para usarlas como semilla en la siguiente siembra. Es una forma de regenerar el tiempo, de atesorar lo mejor del pasado y ponerlo por delante como una buena base para el nuevo ciclo. Sirva este ejemplo para que busquemos aquello que realmente nos sustenta y sea un soporte para lo que ha de venir. }{

Laura López es técnica académica del Departamento de Difusión y Comunicación (llopez@ecosur.mx).

